

locada entre las dos puertas de entrada sobre un magnífico altar colgado todo literalmente de milagros de plata y cera, y en el que arden constantemente algunas lámparas; también, como el San Pedro de bronce que está colocado al pié de la columna de la gran cúpula, tiene gastado el pié que descubre, en fuerza de los besos que han impreso en él los millones de católicos que la visitan.

La segunda cosa notable que hay en este templo, es: que en una de las capillas está colocado el cuerpo de Santa Mónica, madre de San Agustín, transportado de Ostia, donde fué hallado por Martín V. Finalmente, el templo de San Agustín está cubierto con la más antigua de las cúpulas de Roma.

Los Santos Apóstoles, es otra iglesia de las más suntuosas por su elegancia interior y las bellísimas pinturas al óleo y al fresco que se miran en ella. Las primeras son unos grandes cuadros de figuras colosales, ejecutados por el Dominiquino, Carraccio y Guercino; y

el segundo es un magnífico fresco que se ve en el ábside, sobre la escalinata del presbiterio, que parece representar la caída de los ángeles rebeldes; ignoro el nombre de su autor; pero la composición y ejecución de este fresco es magistral y me sedujo por la gallardía de las figuras y atrevidos escorzos, y cuyos desnudos demuestran claramente los grandes conocimientos anatómicos del autor.

Una circunstancia me hizo notar Pina en el aspecto del fresco en contraposición de los cuadros al óleo ejecutados en la misma época que se declaró la iglesia, y fué que éstos tienen la alteración y oscuridad que produce el tiempo en la pintura al óleo, mientras que el fresco que los acompaña, conserva la frescura del primer instante en que se terminó.

Esta es, pues, la gran ventaja, la cualidad remarcable de la pintura al fresco, que resiste al tiempo y á los elementos; porque una escena de este género ejecutada sobre un muro á la in-

temperie, resiste á la accion del sol, manteniéndose inalterable.

En México no se conoce aún la pintura al fresco ni creo que se conocerá, porque no hay quien tenga idea de ella; mientras que en Italia, parte de Francia y España, los templos y los palacios, poseen tesoros inestimables en hermosísimos frescos, que decoran vistosamente las bóvedas y los muros.

¡Oh! ya querriamos que México poseyese, no lindos frescos en sus templos y edificios públicos para perpetuar los heróicos hechos de su historia, sino aunque fueran cuadros al óleo, pero ni de éstos se ve uno pequeño que adorne los museos ni grandes edificios. ¡Pobre país, tan refractario á las Bellas Artes, á unos ramos que son admirados de todo el mundo y que constituyen nada ménos que el termómetro de la civilización!

Pero dejemos ésto y continuemos con el magnífico templo de los Santos Apóstoles: éste es de tres naves y guarda una de ellas la tumba del último

Condestable Colonna, obra de Pozzi, y dos inapreciables monumentos de Canova: el mausoleo de Clemente XIV, sobre la puerta de entrada, y en el vestibulo, el de Volpato.

La fachada de esta iglesia fué restaurada en 1827.

La iglesia de Araceli, que se llama igualmente de Santa María, está dividida en tres naves, sostenida por veintidos columnas de granito de una sola pieza. Posee muchas pinturas y varios mausoleos de la familia Savelli. Bajo los cimientos de esta iglesia, se encontraba el templo de Júpiter Capitolino, el mas suntuoso de la antigua Roma.

En uno de los ángulos de la plaza Barberini, está situado el convento de los Capuchinos y su templo en uno de los extremos Oeste.

Del interior de aquel, poco podré decir, y esto será mas adelante, cuando mencione una circunstancia que pasa en la época de la conmemoracion de los Difuntos.

La arquitectura de la iglesia de los

Capuchinos, no pasa de comun, siempre hermosa, como la de todas las que existen en el recinto de Roma: lo que llama principalmente la atención, es un bello cuadro pintado por Pedro de Cortona, que representa un San Pablo, y lo que la llama aún mas, es el San Miguel con el Diablo á los piés, por Guido Reni, con figuras del tamaño natural, colocado en el muro derecho y cubierto de una cortina corrediza. Me dirás, que por qué esta obra maestra no está siempre visible á las miradas de todos los viajeros y estando en un altar expuesto al culto; pero yo te contestaré, que los capuchinos explotan el gran mérito de este cuadro, mostrándolo únicamente á los visitantes mediante una lira que pagan por verlo: entónces se pone éste enfrente y un capuchino corre la cortina para mostrarlo, que á poco vuelve á correr su lugar.

Para variar un poco la relacion sobre las iglesias, te contaré algo que excita la curiosidad sobre las costumbres de los capuchinos en Roma.

Estos, segun aseguran, pasan de cuatrocientos, que viven de la caridad.

Diariamente se ven algunos andando en las calles de la ciudad, llevando cubetas de cuero debajo del brazo; entran á las tiendas y demas casas á recoger su limosna, que consiste en dinero de distintos valores, como *bayocos*, liras ó billetes: hay otros, y generalmente son legos, que conducen un asno y con él se acercan á las carpinterías y á todas partes donde hay trozos de madera, astillas ó desperdicios, y allí recogen cuanto pueden y puede soportar el asno pacífico, con el que se vuelven á su convento: otros hay que recojen granos, como garbanzo, arroz, frijoles, lentejas y aún trozos de carne y, en fin, cuanto les dan en el comercio, sin desairar un tomate, una lechuga ó cebolla que le piden á un pobre verdulero. Estos colectores de limosnas sostienen á sus compañeros, que á mañana y tarde están rogando á Dios por los pecadores, que son por de contado todos los que están fuera del convento.

De los cuatrocientos ó quinientos capuchinos que alimenta la piedad de los romanos, una octava parte apénas será de pobres viejos que no pueden ya trabajar; en tanto que el resto son unos hombres fornidos, con la barba que les llega á la cintura y una garra que pudiera amedrentar al mismo Hércules, ó por lo ménos á cualquiera de los antiguos gladiadores del tiempo de Nerón.

Cuando fallece algun individuo medianamente acomodado ó muy rico, son llamados cierto número de capuchinos para alumbrar y cargar el féretro, porque en Roma aún no se ha introducido la moda del carro fúnebre: los que alumbran llevan gruesos cirios, y previamente alquilan muchachos que llevan grandes alcatraces de papel de estraza ó carton, que van colocados por la parte que chorrea el cirio, teniendo cuidado el que lo lleva de inclinarlo lo mas que puede para que sea mas abundante la extraccion. ¿Qué significa esta pantomima del capuchino alumbrando y el

apéndice del muchacho que lleva pegado? Que respondan los que condenan esta clase de supercherías.

Ahora que hablo de los capuchinos, me ocurre contarte una especialidad que practican ellos anualmente en el interior del convento con el carácter de una exposicion, que consiste en una ingeniosa combinacion artística de los huesos de los capuchinos muertos en diferentes épocas, figurando monumentos sepulcrales, de arquitectura gótica ó churrigueresca, de la manera siguiente:

En uno de los patios del convento, hay una larga fila de cuartos en el piso bajo y cada uno está compuesto de distinta manera, figurando colaterales, altares y nichos que llegan hasta el techo, todo con los diversos huesos del cuerpo humano y con las mas pequeños de las falanges de los dedos de las manos y de los piés, forman lámparas suspendidas, que alumbran con aceite ó bujías; la figura de éstas es muy bonita porque remedan bien las de metal, por las cadenitas y demás piezas que

las constituyen, apareciendo al pronto como una lámpara de estilo gótico.

Dentro de los nichos están colocados esqueletos completos, vestidos con el hábito de los frailes de la orden, mirando unos al cielo, otros á tierra y otros al espectador como verdaderas estatuas de santos, y todos en posiciones graves que aumentan su carácter tétrico y severo.

Cada cuarto está compuesto de diversa manera y se vacila en la eleccion del mejor, porque todos están artística é ingeniosamente arreglados.

Al ver este monumental osario, no se puede ménos de admirar que hasta en esto surja el carácter eminentemente artístico de los italianos que, aún despues de muerto el individuo, hagan servir sus huesos para representar formas arquitectónicas, estatuas de santos, vistosas lámparas, candelabros y todo lo que pueda haber de bello en una iglesia ó lugar en donde brillan juntas todas estas artes.

Mucha gente concurre á esta expo-

sicion que comienza el primero de Noviembre y permanece abierta una semana, pagando por entrar una lira ó diez centavos, gozando de este monumento humano, formado con los despojos mortales de los capuchinos.

La relacion que antecede me fué hecha por Pina, que ha visto varios años esta exhibicion; pero mañana que es cabalmente primero de Noviembre y se abre el convento de los capuchinos para manifestar el osario, iré yo para ver por mis ojos lo que tan detalladamente me ha contado mi buen amigo.

Para variar de asunto, en la siguiente carta te acabaré hablar de algunas mas iglesias, porque son tan hermosas, que vale la pena de que tengas otra poca de paciencia.

San Andrés de *Monte-Cavallo*, construida por Bernini, con pinturas de Cárlos Maratta y de Courtois; la urna de San Estanislao de Kostka, es toda de lapislázuli y de gran mérito artístico.

El gran templo de San Cárlos en la vía del Corso, es un edificio que se

eleva majestuoso en el centro de esta vía, que es la central; perteneció á la Lombardia, y la fachada, la cúpula y la capilla de la Concepcion son magníficas.

La iglesia *del Jesus* perteneciente al convento donde reside el general de la Compañía de los jesuitas, es una de las mas monumentales; construida toda de cantera, revela inmediatamente el carácter de la Compañía de Jesus, que en todas sus construcciones procuraba la grandiosidad, solidez y duracion. Esta iglesia fué fundada por el cardenal Farnesio, sobre un dibujo de Vignola.

La capilla de la Cruz dedicada á San Francisco Saverio, es espléndida; pero superior á toda comparacion es la que se ve adelante, que tiene por patrono á San Ignacio de Loyola del que se conservan los despojos en una urna de bronce adornada de piedras preciosas. Esta capilla fué construida por el célebre artista Pozzi, miembro de la compañía, y los mas preciosos mármoles y las piedras mas raras la decoran; pero es re-

marcable sobre todo, un globo representando el mundo, hecho de un solo trozo de lapislázuli, que es una de las maravillas de Roma: es notable tambien la urna sepulcral del cardenal Belarmino.

El nicho y el altar mayor en el que está colocado San Ignacio, es todo de plata cincelada y, finalmente, por todas partes se mira el arte, alternando con la riqueza de la materia.

La iglesia de Santa María de los Angeles, de cuyas columnas de granito hablé arriba, fué en otro tiempo la sala de las Termas de Diocleciano, trasformada en un hermoso templo por Miguel Angel, y restaurado posteriormente por Vanvitelli. Las ocho grandes columnas de granito, altas de sesenta y dos palmos, son verdaderamente admirables.

En el vestibulo circular que sirve de entrada, están á uno y otro lado los monumentos sepulcrales de los cardenales Paolo Parisio y Francisco Aleca-

te, y los de los artistas Cárlos Maratta y Salvator Rosa.

Esta iglesia está situada frente á la gran plaza de Término, mirando la fachada al Oeste; á la espalda quedan las ruinas gigantescas de las Termas de Diocleciano, que miran al Sur, y al frente con vista al Norte, la estacion del ferrocarril.

Santa María in Cosmedin llamada *de la Boca della Verità*, fué en otro tiempo un templo pagano de Céres y Proserpina, que en 772 fué cambiado en iglesia cristiana por los conciudadanos de San Adriano. En ella se admiran las bellas columnas de granito rojo, en otras de la misma materia que sostienen el baldoquino: la imágen que se mira debajo y que es muy venerada, fué traída de Grecia por un peregrino llamado Juan de Dios. En la plaza donde está situada esta iglesia hay una fuente caprichosa adornada de un grupo de figuras de mármol.

Tal vez te haya fatigado, amiga mía, la lectura de la descripción de las igle-

sias; pero son tan bellas, que no puedo resistir á la tentacion de hablarte de muchas de ellas, porque encierran bellezas de primer orden y mausoleos de hombres que han figurado en la historia de las diversas épocas; sin embargo, para concluir, te hablaré solamente de dos ó tres mas, pues se me hace cargo de conciencia pasarlas en silencio.

Cómo no te habia de decir, aunque fueran dos palabras, de la iglesia que está muy cerca de casa y casi pegada á sus muros, siendo una de las mas célebres por las maravillas que encierra? Esta iglesia es la Minerva, llamada por otro nombre *Santa María Sopra-Minerva*.

Las mas bellas capillas son las de Aldobrandini, Carraffa y Altieri. Se observan igualmente los mausoleos de los pontífices Leon X, Clemente VII, Paulo IV y Benedicto XIII, así como el de Pirro Ligorio, el del pintor Giannangelo de Fiésola, el del arqueólogo Rafael Fabetti, de Paolo Manucio, hijo de Aldo; las inscripciones de las ala-

banzas de los cardenales Casanatti y Mamachi, distinguidos en las letras.

De los religiosos de Campo Marzio, pasó esta iglesia en tiempo de Gregorio XI, á la órden de predicadores.

Despues de las bellezas arquitectónicas, de los mausoleos y de las pinturas, llama fuertemente la atencion un Salvador medio desnudo del tamaño natural, en pié con una cruz, ejecutado por Miguel Angel, de cuya anatomía ya se sabe que no hay nada que decir, supuesto que este artista no ha tenido rival en ella en ninguna época.

En la descripción que hice de la Basílica de San Pedro, olvidé hablarte del famoso grupo de la Piedad, del mismo artista, que se mira en la segunda capilla de la derecha á la entrada del templo. Este grupo es imponderable, mirándose el cuerpo descoyuntado de Cristo bien muerto, sobre el regazo de la dolorida Madre, que lo sostiene llorosa. Esta obra, como todas las del grande artista, lleva el sello de lo sublime y de lo grandioso.

Si las fachadas de algunos templos de Roma no tienen una apariencia notable porque sus muros sean lisos y sin adorno alguno, en cambio su interior es siempre rico y contiene alguna cosa extraordinaria.

La prueba de esto es lo que me pasó con la iglesia de la Minerva, que estando contigua á mi posada, no le habia yo dispensado el honor de mi visita; porque como veia su exterior simple y desairado, manchados sus muros y sin un pórtico elegante, jamás pensé entrar cuando pasaba por su frente; hasta que hará dos dias que maquinalmente penetré, y ¡cuál fué mi admiracion al ver las preciosidades de que acabo de hacer mencion!

Por esta ocurrencia que me ha pasado con la Minerva, me propongo entrar á las demás iglesias, por mas desairado y humilde que sea su exterior; porque ya sé que las iglesias de Roma todas son magníficas en su interior.

Otra de las iglesias que llama la atencion del viajero, es la de Santa María



del Poppolo, situada en la plaza de este nombre y al lado de una de las subidas del Pincio. La apariencia exterior de este edificio, revela de á leguas su antigüedad, pues fué construída en el siglo XI. Sixto V lo hizo reparar en 1471 y es una de las iglesias interesantes de Roma por los objetos de arte que contiene.

Allí se miran las pinturas de Pinturiccio, de Carlos Maratta y de Miguel Angelo Caravagio; una capilla cuya arquitectura es de Rafael de Urbino, con mosaicos en la bóveda dibujados por él mismo y ejecutados por Sebastian del Piombo.

Permanecí largo tiempo mirando todas las bellas pinturas que decoran ese templo, especialmente las de Carlos Maratta y de Caravagio, dos artistas que me cautivan y que forman contraste, el uno por su suavidad, y el segundo por su verdad y energía.

Vamos á terminar ya, María, de hacer descripciones de iglesias, porque acaso te hayan fastidiado, y yo te aseguro que, francamente, me pesa el no

mencionarte otras muchas que, á la verdad, bien lo merecen; aunque no debes quejarte de que esas descripciones te hayan parecido difusas, pues al contrario, pecan de lacónicas y no me he extendido en ellas como debiera, porque así lo demanda la riqueza é importancia de los objetos que contienen.

Voy, por último, á hablarte de una iglesia simpática por un objeto notable que contiene y que á tí te gusta mucho; me refiero á la de San Pedro Advíncula, que guarda el famoso Moisés de Miguel Angel.

La fachada es elegante, y la entrada está practicada por un magnífico pórtico, con columnas de un orden que no recuerdo en este momento.

Al entrar, queda uno agradablemente sorprendido por las dos filas de majestuosas columnas antiguas de mármol que sostienen las bóvedas del templo; también es famoso porque guarda la cadena con que estuvo atado San Pedro en la prisión.

A la izquierda, y no muy distante de

la entrada, se eleva imponente el monumento de Julio II con la colosal estatua de Moisés, obra de Miguel Ángel, que tanto han celebrado los viajeros y cantado los poetas.

En una de las capillas se mira el gran cuadro de Santa Margarita por Guercino, tumba de los hermanos Pollaiolo, célebres grabadores en bronce del siglo XV y otra de Clovis, famoso por sus pinturas en miniatura.

Del mérito artístico del Moisés, nada te podré decir, sino que me agrada infinito; además, que esa obra ha sido ya juzgada por los inteligentes, que doblan la rodilla ante su mérito indisputable, y nadie puede decir lo contrario.

La pintura del Guercino me encanta, y es otro de los pintores de mi devoción por su franqueza y la verdad y morbidez de sus carnes. He visto ya otras obras de este artista en los distintos museos y templos que he visitado y todas me gustan, especialmente un cuadro colosal que cuelga en los

muros de la galería del Capitolio, del que te hablaré mas tarde.

Por ahora voy á descansar de la tarea que he llevado en hacerte estos apuntes: en los que consigne en otra carta, te diré algo sobre algunos de los monumentos de la antigüedad. Disfruta de buena salud y sé feliz.

Adios, María.

Roma, Noviembre 5 de 1863.